
Alrededor de «Paul Valery y la Historia»

(ARTÍCULO APARECIDO EN ESTA REVISTA EN
EL NÚMERO ANTERIOR)

El hombre, qué es lo que es el hombre.
La vida, qué es lo que es la vida... lo que
ocurrió, lo que se remonta hace siglos, ha-
ce años...

Spengler dice que la Historia es el sen-
timiento de forma que adquirimos al ver
la vida a través del tiempo; nosotros aña-
dimos que ello nos da una intuición, un
criterio para comprender la existencia ac-
tual, y más aún al hombre como ser, con
un alma cambiante e intersocial.

Veamos. Tenemos por delante un curso
de cuarenta alumnos. El profesor desarro-
lla el tema: «La República Argentina».
Analiza el paisaje de la pampa, al hombre
aferrado a la tierra que se hace poderoso
e inmensamente rico con sus frutos ma-
duros; el trigal lo convierte en un señor y
a su palabra en ley.

Pero a su lado, allá en el pueblo, otros hombres viven y combaten también con el destino por convertirse en señores y por hacer prevalecer sus intereses y voluntades. Nace entonces la lucha entre el campo y la ciudad. El viejo orden se remueve, la vida cambia, y el sentido de las cosas adquiere otro valor, nacen otros problemas, otras luchas, en fin, otra totalidad.

El profesor, al querer seguir explicando cómo es esta otra vida es interrumpido por los alumnos que le preguntan:

—Señor. ¿a qué se debe la lucha entre el pobre y el rico?

Me digo: los niños han dado en lo profundo del problema actual del mundo, han comprendido como nacen las nuevas fuerzas sociales, las nuevas comprensiones de la vida, con más capacidad que las anteriores y con una visión más clara del porvenir. ¡Ah!, comprendido lo que es la lucha, el dolor del mundo, en fin, la vida. Me concentro en mí mismo—y afirmo al pensador moderno que dice que la Historia es filosofía de la vida; sí, de la vida del pasado.

El hombre hasta ahora se ha preocupado de saber lo que es la materia: la Química, la Física, la Astronomía, etc.; ha llegado con su capacidad analítica al descubrimiento de lo más mínimo que existe en el mundo material: el electrón. ¿Pero qué es el hombre? Se ignora a este ser que pena, que juzga, que crea, en fin, al ser más original del mundo, pleno de problemas; mas, no sabe resolverlos, se enreda en ellos y sufre con un delirio que estremece el alma. No sabe resolverlos, porque se desconoce a sí mismo, no se ha oído el agua cristalina de su canto.

Pues bien, ¿qué ciencia trata de conocer al hombre?

La Sociología estudia las formas estereotipadas, esquematizadas de su actividad. Y eso no es lo más importante sino que el hombre produciendo, existiendo, en actividad; esto es la vida, esta es la Historia, la comprensión de la existencia. El gran educador norteamericano, John Dewey, dice que la educación debe tener por fin preparar al niño para la vida, y la Historia lo ayuda a comprenderla y, por ende, a formarse un criterio sobre ella. He aquí, a nuestro juicio, el porvenir de las ciencias históricas...

Concklin, en su obra *L'héritité et le milieu*, nos plantea un gravísimo problema que a no ser resuelto sería fatal para la humanidad. Lo complejo de la civilización es cada vez mayor, y está en razón inversa al grado de adelanto cultural del ser que la forjó. La mayor parte de los hombres no la comprenden y, por lo tanto, soportan

un fardo muy superior a sus fuerzas, imposible de sobrellevar. El hombre se está formando en un mundo que le es desconocido y complejo, y que por fuerza de la vida tiene que dirigir y convivir. Entonces Concklin plantea el interrogatorio si será necesario seleccionar a éstos mediante la guerra, para que los más capaces dirijan a este mecanismo incomprendido. Pero en la guerra, precisamente no muere lo peor, sino que el meollo de la humanidad. O bien sería necesario detener la civilización, para dejarle tiempo al hombre en su perfeccionamiento, y llegue de este modo a la equiparidad de conocimiento que tiene en su ser con el de la civilización; pero ello es imposible: Por lo tanto, es necesario recurrir a la experiencia de la vida, a la ciencia que analiza al hombre y a sus productos: la civilización y cultura; para que le dé ella un criterio y le permita comprender las circunstancias, las desesperaciones, los delirios de la vida; sepa captarlos, para así adaptarse al mundo. He aquí el papel de la Historia.

Edwin Edman, profesor universitario norteamericano, al respecto nos dá una cita muy ilustrativa e interesante, en un artículo de análisis de la profunda crisis por que atraviesa aquel país y las no menores hondas repercusiones que ha tenido en el modo de ser, de actuar, del alma del muchacho universitario. Esta juventud frívola y liviana se ha encerrado en sí misma, en lo profundo de su espíritu, ante las perspectivas de la obscuridad del porvenir, ante el dolor de su hermano y el suyo propio que es tremendo. Jamás lo había tenido! Jamás había sentido las necesidades que ahora ahogan su personalidad! Se desespera y sus ojos se clavan por todos los cosmos, se pregunta el por qué de tanta maldad de los hombres. El, que creía que el mundo era un estanque dormido, perfumado, como las palabras de sus padres se lo habían dicho, todo era engaño, todo falsedad. La realidad era otra, muy distinta; trata de conocerla, comprenderla, al verse perplejo con un miedo muy hondo, que le ahoga, al sentirse en un mundo incomprendido. Indaga y busca el paliativo a sus males; asiste a todas las conferencias, lee todos los libros de sociología e Historia acerca-del problema que lo tiene ensimismado, busca ansioso la solución. Quiere formarse un criterio para resolver el futuro que se le presenta tan escabroso y sobre todo tan incomprendible, por último quiere penetrar a los comienzos de la vida, hasta donde nunca había vagado.

En fin, en toda la humanidad se está, despertando el estudio por el hombre, por

su actividad, por su fluir en el tiempo:
La Historia.

OSCAR FABRES.